

De las Regiones Polares

Juan José Cabedo Torres

Octubre de 2004

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Este árbol se encuentra solitario aquí en la montaña;
ha crecido muy por encima del hombre y del animal y
si quisiera hablar no tendría a nadie que lo
comprendiese: tan alto ha crecido.*
(NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra*)

Al alba el corazón se hace ala,
se hace bulevar sin aceras
de una ciudad ingrávida.
La piel se araña en el borde del sueño
o en el hilo que desteje las hojas.
Quien acuna en los brazos
el molde de la noche
desprende de la tarde
las nubes y los besos;
quien aspira en el pecho
la costilla dorada de los árboles
despierta las rodillas
siempre renacidas del tiempo.
El silencio subvierte
la indignidad de los madroños,
pero el murmullo acota
el remanso dorado de los dedos
que rebasan los marcos
como invisible cascada de rótulas.
La palabra es luz hecha verso;
el silencio es un diminuto cráneo,
un desnudo muñón de sombra y cieno
sobre los lagos inversos.

2

Hay verdades que escuecen como lenguas,
como letras de fuego en las dovelas.

Por ejemplo:

Los jueves por la tarde
la espuma revierte en la arena
el ansia del abismo.

Los martes, sin embargo,
cristaliza el silencio
como un canto que agrieta
la piel intrascendente de la arteria.

Todos los cuerpos caen,
pero en algunas vértebras
renacerán las plumas
como un segundo esbozo
abierto a los acuarios.

Los durmientes reconocen su aliento
en el viento que acompasa los trigos
a un arpa de hierba y espigas.

No hay puertas que amortigüen
el murmullo incansable de los ángeles
cuando desandas la corriente
como un bucle que anuda los espejos.

La noche desvanece
los sueños de estuarios,
pero nadie dibuja el aire
con la savia que fluye de la tierra.

3

El abismo te observa
con ojos de amatista,
como un surco que esculpiera en el tronco
un laberinto de anillos glaciares.
Mientras, en algún lugar del cerebro,
los ojos se deslizan lentamente
sobre el cuerpo mecido por las ovas
como un salmo atrapado en el silencio.
La nuca moldea en la hierba
el cuenco de una mano,
pero la mirada atrapa en el cielo
la caricia de la nube en el rostro.
El abismo te llama
desde las últimas estancias
como un monstruo de manos delicadas
que peina con su aliento
las barbas de los bosques.
Dicen que hay cíclopes que se enamoran
de su propio deseo,
dicen que hay quien sólo ama
la tensión invisible
del peine de los vientos.
Dicen que es fácil capturar siluetas
en los intersticios del vidrio,
o dibujar mandalas
en las playas donde arrumba la luna.
Más difícil parece
descifrar el discurso de las ramas,
amar la soledad de los caimanes,
escuchar otras voces

o multiplicar sin esfuerzo
los ecos de un gemido.
El pecho no distingue
el origen del miedo,
sólo las palabras que vierte el viento
en el inmenso oído de la noche.

4

No es posible escrutar la otra ladera
acodado en el borde de una frase
como un centauro a media luna
en la calva sonriente de los sátiros.

No es posible escuchar el juicio
de los infiernos circulares
con sólo dos oídos orientados
al canto de sirenas y astrolabios.

Cuando se agota la mirada
prefiero desleírme poco a poco
en la silueta de una encina
o espolvorear de espadañas
la luz verdosa del ocaso.

Los dioses se entretienen
sembrando en mi alma un horizonte
que luego desarraigan.

Queda el hueco, que algún día se vuelve
torrente de savia, rumor de espuelas,
o un viento negro que disculpa
la crueldad de las veredas.

5

Cuando el alma resbala de los huesos,
se hace luz que circunda el esqueleto
como un aura de vírgenes morenas
y lunas de azabache.

La vida perfila en las sábanas
el mapa intrascendente del deseo:
No hay más tiempo que el tiempo de la brisa
ni más futuro que el que exhala
la ventana orientada a las almenas.
La araña teje extraños jeroglíficos
a unos centímetros del alba:
No hay más cielo que el vértice que fluye
hacia un mar que refleja
la incierta singladura de las nubes.

6

En la palabra vibran las membranas
como un paladar de algas,
como un zureo de palomas
en la ladera asombrada del tiempo.

Inspiro el mundo en los pulmones
lo mezclo con mi sangre y lo devuelvo
hecho garganta, o entrecejo de cíclope,
cauce de besos, abrazo del agua
o diminuta cintura de fuego.

El cuerpo se empapa de luna
y luego se derrama,
como un instante detenido
entre los límites de un hueco.

7

El cielo de las pesadillas cuelga
de una nube encendida sobre el alba.
Un poco más lejos el niño inscribe
su sombra en la sombra del muro
y escribe con el dedo:

*La nieve de febrero
oculta la exaltación de los cuerpos.*

Algunas tardes el abismo
no es sino una suave hondonada,
casi un estanque de nenúfares
donde las aves acuáticas mecen
las ramas transparentes de los sauces.

El loco que camina por el parque
piensa que la luz hiere
como cualquier otro cuchillo;
el loco se detiene
súbitamente iluminado:

*Sin duda mi alma se cuarteo
para que las esquirlas del cerebro
confirmen las sospechas de los sueños.*

El niño escribe con su dedo:

*Moriré y otro niño
ocupará mi hueco.*

Luego levanta la frente y escucha.

8

Hay labios que no aman la lluvia,
hay vidas ateridas
en el corazón de la alondra.

La muerte, sin embargo,
siempre se deshace en la aurora
como una tormenta de arena
sobre el minarete de la mezquita.

El dolor exilia a universos
de los que nada sabe la mirada;
allí el alma atraviesa
un lienzo confuso de azules,
allí el cuerpo se hace cáliz
o vasija quebrada
donde reposa el viento.

9

A veces escucho el fulgor
que brota de la piedra
o el canto de las nubes
peinando la llanura.
Las caricias son surcos
que giran en el aire
como sábanas flameando al viento.
Algunos espejos retienen
la misteriosa sintaxis del cuerpo;
en otros, sin embargo,
el cráneo en un cuenco que recoge
el polvo amortiguado de los pétalos.
El ángel de los números
deja su huella de ángel
en el perfil del sueño;
al ángel de los números
le recorre por dentro
una confusión de sextantes
y astrolabios bañados
en el surtidor de los crisantemos.

La calle se bifurca
en los aparcamientos
como un umbral que anuncia
las tardes sin memoria.
Caminas por la acera
concordando las venas
con el vuelo quebrado del vencejo.
Caminas y piensas lo fácil que es
anillar el deseo
a los vientos que viajan
hacia un Sur imposible.
Las niñas de los cuentos
resuelven los enigmas
que trazan las hormigas
en la corteza de los olmos.
Las niñas, cuando crecen,
ignoran en qué rama
maduran los ensueños.

Vuelve marzo como el cierre imposible
de un círculo incompleto,
como el asterisco que cuelga
deshojado y marchito
de la espalda del tiempo.
Las manos desgranar la espiga
o el rumor inconcreto de las horas.
Mientras, el búho oculta en su mirada
un laberinto de palabras huecas.
Las palmeras se abstraen en las dunas,
entre espejos de brisa
y lagos que reflejan
el cielo de la tarde.
No hay silueta de árboles
en las noches sin luna,
no hay silbo de serpientes
en la alquimia del alba.
Vuelve marzo, pero el círculo se abre
al pulso de otros ámbitos,
como la corteza madura
de los mares silentes.

La tarde se detiene en vidrio
o en resina transparente al deseo
impermeable de las algas.

En la quietud se escucha
el pulso de la escarcha
y un batir de fuelles, yunques y fraguas
que es cábala de sienes y cerrojos
en los ojos abiertos a la noche.

A veces confío a las estrellas
las charlas que susurran las hortensias
cuando nadie las mira.

Mientras, muchachas con piel de lamprea
emergen de la ciénaga
como sirenas de barro esculpidas,
mitad mujer, mitad alondra,
en la sombra alargada de la tarde.

ESPEJO PARA BAJAR EL CIELO DE UNA TARDE DE ABRIL

Sólo los niños, los ancianos,
los presos y los locos,
también el que ha extraviado en un bolsillo
la pelusa de los recuerdos,
distinguen con exactitud
de qué rama desciende
cada matiz del verde,
como si una cuchilla transparente
segara el velo que niebla la herida
y la abriera a sus ojos.

Los niños, los locos, también los viejos
y los presos se labran en el alma
la soledad de los cipreses
mientras en su mirada se adivina
cómo cambian de rumbo los glaciares,
cómo se transforma el enebro
en la dorada tarde de invierno.

A veces la noche se apiada de ellos
y se derrama en sus cerebros
como un delgado viento de limones
o como tenue fragancia de cedro.

El niño, el loco, el viejo, el prisionero.

14

Si te acodas al borde de la noche
con las piernas colgando de la lluvia,
desatas la pasión de los membrillos
y trazas en los muslos
los húmedos senderos de los besos.
La tarde es un temblor de agua en la frente,
pero la luna crece
como una araña de calva amarilla
en las rojas pupilas de los gallos.
Hace tiempo averiguaste que el hueco
no es sino la agria caricia del viento
en la piedra labrada
o unas torpes palabras en el barro:
Quien quiebra los sueños se hace delirio
o talle dormido de helecho.

15

La mirada es cruel, como la vida,
cuando se asoma al mundo
y adivina a primera vista
qué fácilmente se desgarran el sueño
en las noches de enero,
con qué afán desordena el viento
la cabellera de las dunas,
en qué lodazal sobreviven
los fetos de los dioses ebrios
Cuando el alba embarranca
en los muslos azules de los peces,
la sombra duplica la rama
y alumbrando en sus dientes de niebla
el fondo dibujado de los mares
donde emergen los mástiles
que quebrantan la bruma.

CUANDO UN CUERPO SE VIERTE EN OTRO CUERPO

El viento se agazapa tras los árboles
y engendra en el ocaso
dos valvas de ensueño que incendian
el aura cristalina del cabello.

El azul se despieza en brisa
sobre la horma delgada de tus hombros
mientras las manos trazan en el cielo
la ingrávida silueta de los besos.

Yo, por mi parte,
me recuesto en la espalda del arroyo
y contemplo con ojos de luciérnaga
cómo apriscas las sombras de las nubes
en la cintura sutil del recuerdo.

Luego te desvaneces,
y aunque escribo tu nombre en las cunetas,
los brazos del crepúsculo
me enroscan en el cuello
un latido mohoso de silencio.

Cuando la noche imprime en la llanura
el escorzo amarillo de las cosas
el niño se pregunta
por qué trepa el aullido a la garganta
como una mariposa que devora
los párpados crecientes de los ríos.

Cuando exploro el dorso del mundo
alguien que no soy yo susurra
en los ojos inversos de los puentes:
Hazte luz amada y vierte en mi cuerpo

-cántaro sin límite, pecho abierto-
el curso silencioso de tus venas.
Encierra luego el vientre en mi esqueleto
y hazte semilla, o piedra, o firmamento,
antes que el viento se vuelva en las sienas
frágil sombra del viento.

A veces la vida hilvana el costado
a un pulmón palpitante de sirena,
a veces nieva sobre el pecho
o en los labios verdosos de la luna.

Está escrito en el aire,
también en el contorno de los besos,
que me desharé en los brazos del alba
como un sueño de ceniza y arena.

A veces el cielo se curva
como un pozo de brocal afilado,
a veces los cuerpos se adargan
en el yunque implacable de las horas,
o se abren a las nubes
como anillos tendidos hacia el Norte.

18

La luna de enero anida en las sienes
como una intersección de soplo y hueso.

En ciertas ocasiones
el amor resbala en el pecho
como lluvia de primavera,
como la mano soñada del viento
que acaricia la avena.

Entre la eternidad del horizonte
y el polvo del camino
sólo unas sandalias de luz
y algunos tallos de amapola.

La niebla da forma a los cuerpos,
pero tú emerges como un sol nocturno
en el ventrículo ofrecido a otros besos.

19

Nadie sabe que habitas
el hueco que me escora la cadera
como un rumor de ramas
concertado al rumor del viento,
como el líquen que perfila las gárgolas
de las catedrales galácticas.
Las palabras, antes de ser palabras,
se ondulan en el pecho.
Luego se estrechan en el cuello
y brotan de la lengua
como eco, como boca, como diente,
como espejo de penumbra para árboles.
Alguien escribió con baba de abeja
en el bulevar de los sueños:
Al alba se desvela
el afán desmedido de las hojas
que nunca han sido verdes.

Escapas de la noche
y te vuelves arena que acaricia
el vientre verdoso de las olas.

La luna se desnuda de monedas
como un flujo que hace temblar apenas
la espuma silenciosa de la playa.

Mi cuerpo, por su parte,
se expande en confusión de miembros
mientras la lengua forma entre los dientes
una corola exacta,
un resplandor que anuncia
la crueldad del alba.

Hay pechos que se ofrecen
como bocas sajasadas de sirena,
hay huesos que humedecen
el borde de las nubes
como un mador de estrellas.
Descansa en los oídos
el ojo cristalino de los peces
pero en las uñas late
la cadencia del hierro.
Despierta cada noche el firmamento
como un ala de carne y cielo
donde la mirada reúne
las astillas que arañan
la madrugada del durmiente.

Algún día el sol abrirá mi cuerpo
en dos valvas de limo
para que mis huesos besen
los labios simétricos de la grama.
Cuando llegue el momento
no me toquéis, dejadme
que estercole los tormos
con el pulso preciso de mis venas,
dejad que me deshaga
y que luego me abrace
a la brisa del alba,
y que descienda al mundo
hecho tierra dormida
en la claridad de la luna.

23

Cuando siento en el rostro
la mirada cansada de la noche,
escucho con los ojos
el rumor de la sangre.
Hay rayos que atraviesan
la hendidura del cráneo
y engendran en el polvo
el hueso transparente de la sepia.
La tristeza es un esqueleto
o una bolsa de plástico en la plaza,
según las estaciones.
Las horas se desprenden en escamas
sobre la piel de los segundos,
pero mi cuerpo viaja
de la nada a la nada
hecho nieve o barandal de luna
en el alba escarchada de gargantas.

24

Encerrad a los locos, o dejadles
que sueñen con el día en que la luna
les rozará la espalda
como una esponja empapada de noche.

El hueco de los árboles se eleva
contra un horizonte de esquirlas que aman
la luz de las constelaciones.

Cuando los ojos se abren a las venas
como pestañas violentas que arañan
la delgada corteza de la vida,
mi cuerpo se hace noche subterránea
o brazo larguísimo que acaricia
el sueño de la hierba.

Las raíces que se hunden en la tierra
como dedos traslúcidos de aurora
delimitan la estela de las almas
que ascienden a la luna.
Hay nombres que se escriben
con sílabas de hierba
o con el talle de las niñas
que imitan los arroyos.
La luz del mundo penetra en el pecho
como un cálido aliento,
como el aire que contiene en su seno
los nidos que abandonaron las aves
en las cornisas del acantilado.
No es cierto que la noche
diluya los fantasmas,
no es cierto que la madrugada
descienda por la espalda
como cintura estrellada de asombro,
como manantial de azucenas
en los hombros poderosos del cielo.
El cuerpo yace como un violonchelo
varado en el légamo del abismo;
de cuando en cuando brota de sus huesos
erguidos como un arpa de espadañas,
un concierto de pupilas y dientes
o la fragilidad de una mirada
que resuena en el cráneo
como el eco de una ciudad soñada.

26

Atravieso la noche
con la luna en la sien
olfateando el aire que respira
un pecho enamorado.
Amanece, y el alma se vacía
para que quepa en su dorso
el rostro de los ríos
o el óxido improbable de los barcos.
Los cuerpos se tensan como arcos,
como híbridos de gárgola y espuma
en la pupila de los astros.
Mientras tanto, los dioses del abismo
descansan su melena
en el dintel cegado
de las catedrales sin claustro.

Vuela el labio como ala transparente,
como yedra germinada en el hombro.
La brisa que entibiaron los amantes
reposa en la vidriera
como seda engastada en el granito.
Quien observa la tierra cuando duerme
intuye que el universo se expande
en la sangre de quien ama la noche.
Amanece. El canto se hace grito
o unos dedos de espuma
que tallan en el cuerpo
el compás pausado de las encías.

La luz se hace ceniza
o silueta de aurora
abrazada al magnolio.

Luego desciende por el tronco
y se hunde en la tierra; allí germina
como perfil de un hombre
en la brutal brevedad de la sangre.
Las manos se adelgazan sin descanso
para atrapar el molde donde el aire
renace a cada instante.

Hay miradas que intuyen
el contorno de un cuerpo,
hay líneas que vacían el viento
sobre un horizonte marino
donde las algas mecen
el delicado escorzo del silencio.

29

Algunos cuerpos yacen en las sábanas
como espuma de arena
detenida en la playa.

Hay sombras que se atrapan en el agua
y noches que se sienten en la cara
como una caracola despojada.

Puedes posar los ojos
en la sima donde duermen las quillas
o acodar la pupila
en la calma superficie del lago.

En cualquier circunstancia
la esperanza es el palpito de un beso
en la raíz de las encías
o unos dedos buscando entre los juncos
el corazón dormido de la tierra.

Llega la noche y te encuentro en el pecho,
pero al abrir el cuerpo
sólo abrazo la silueta del aire
y un minúsculo fragmento de estrella.

Qué latido acompasa
las fases de la luna,
qué pulso silencioso araña
el interior de la garganta.
Hay corazones que brotan del sótano
desnudos como jardines sin pájaros,
hay rostros que conservan bajo tierra
el rastro amargo de las lágrimas.
No es cierto que el sol se refugie
en el borde de las noches sin luna:
También el envés de las hojas
es ciclo, es nervadura,
es espalda que estalla
en los labios dormidos de la noche.

Juan José Cabedo Torres